

CAPITULO XXV.

EL MILITAR BENÉFICO.

No bien los nacarados arreboles de la aurora empezaban á dar indicios de la próxima aparicion del astro hermoso que todo lo vivifica, rompieron la marcha los infelices desterrados.

¡Luengo era el viaje que emprendian!....

¡Luengos los padecimientos que les aguardaban!... mas ¿qué importa el sacrificio de tantas víctimas?

El general Narvaez seguia bailando en el palacio de Cristina... bien podia vanagloriarse de haber salvado á la sociedad española.

Marchaban á vanguardia los encadenados, y continuaban los carros conductores de los demás presos, verificando su salida por la puerta de Santa Bárbara, inmediata á la cárcel del Saladero, tirando por la ronda abajo y volviendo á entrar en Madrid por la puerta de Recoletos; siguieron todo el Prado, y al llegar á la fuente de Cibeles ya habia amanecido completamente.

— Durante el tránsito desde la cárcel hasta aquel sitio, iban todos dudando y temiendo acerca de la conducta que usaria con ellos su nuevo conductor y comandante.

— Por fortuna pudieron formar un juicio favorable de este apreciable sugeto.

Gran número de personas allegadas á los presos, estaban aguardándoles en el Prado para darles el último adios; pero recelosas de que les sucederia lo mismo que pocas horas antes, cuando fueron trasladados de la una á la otra cárcel, fueron agradablemente sorprendidas por la complaciente urbanidad del comandante.

Advertido este caballero, de que todas aquellas gentes deseaban aproximarse y hablar á los presos, y viendo en estos igual deseo, mandó hacer alto; y con el acento de la bondad y de la política dijo:

— Señoras, y todos ustedes, señores, si gustan hablar á los presos, pueden acercarse con franqueza.

Su voz fué la voz de un ángel del cielo.

Todas aquellas personas se abalanzaron á los carros, se acercaron á la cadena, y pasaron escenas tiernísimas que no es posible bosquejar dignamente.

Media hora duró esta ansiada al par que dolorosa entrevista, al cabo de la cual dijo el capitan comandante en conmovida voz:

— Me es sensible decir á ustedes que hemos de continuar la marcha. En el portazgo haremos otro descanso; si alguno quiere seguir hasta allí á los presos é ir en su compañía, no seré yo por cierto quien se lo impida. Todo el alivio, todo el consuelo, todas las comodidades que sean compatibles con su seguridad, tendré sumo placer en que de ninguna manera les falten en todo el tiempo.

po que dure la triste comision que he tenido que aceptar en cumplimiento de mi deber.

La marcha continuó.

Las frases pronunciadas por el gefe de conduccion, fueron un bálsamo de consuelo para los presos y para las personas interesadas en su suerte.

Entre estas últimas estaban la marquesa de Bellaflor, su hermana Rosa; el marido de esta don Antonio de Aguilar, y el banquero don Fermin del Valle, que lograron acompañar, como se verá mas adelante, al infortunado Godinez hasta Aranjuez, y proveerle de todo lo necesario, incluso cartas de recomendacion y crédito.

¡Qué diferente conducta la del pundonoroso y bravo comandante, de la que por la noche habia observado el gefe de los polizontes!

Muchos de los que habian ido á ver á los presos, siguieron conversando con ellos, y no tardaron algunos en alquilar caballos é iban al costado de los carros consolando y departiendo la desgracia de sus parientes y amigos.

María y Rosa con sus acompañantes, siguieron tambien junto al carro de su padre.

Salieron definitivamente por la puerta de Atocha.

Las gentes que los veian pasaban sigilosas; pero se notaba en sus semblantes el disgusto, la indignacion que despertaba en sus ánimos el triste cuadro de aquellas víctimas de la execrable opresion.

Llegaron al portazgo, donde les aguardaban otras personas ligadas á los presos por los vínculos del parentesco ó de una amistad á toda prueba.

Hízose alto mucho mas tiempo que en el Prado, y allí se reprodujeron las escenas anteriores; pero con mucha mas libertad y expansion, puesto que los presos bajaron de sus carros, á invitacion del generoso capitán, y se mezclaron con los que iban á despedirse de ellos.

Tambien los de la cadena rompieron filas, y recibieron los consuelos de las personas que les eran afectas.

Fácil hubiera sido en aquellos instantes la evasion de alguno de los que iban sueltos; pero la misma confianza del comandante parece que les imponia un deber sagrado de corresponder dignamente á ella.

La fuga de cualquiera comprometia al honrado militar que con tanta nobleza se portaba, y nadie pensó en poner en práctica un proyecto que hubiera sido, repetimos, de fácil ejecucion, atendida la circunstancia de que los presos no eran aun muy conocidos de sus conductores.

Tal es el impulso del deber; tal es la fuerza de la gratitud.

Mas de una hora duró esta vez el descanso.

Muchos verificaron allí la desgarradora escena de despedida.

En este tiempo llegaron dos coches de camino, uno proporcionado por la marquesa de Bellaflor, y el otro y una tartana que habian encargado algunos de los presos que iban sueltos.

Se colocaron en estos carruajes los interesados, y en los carros que dejaron vacantes, subieron por disposicion del capitán aquellos de los encadenados de mas edad y que parecian fisicamente mas débiles.

La marcha prosiguió, pero no por esto dejaron de seguir á los presos muchas personas á caballo ó en carruaje, con ánimo de no dejarles hasta Valdemoro.

—María, Rosa, hijas mías — dijo el viejo Godínez al verse en el coche entre las queridas personas que le rodeaban—cuando las cosas no tienen remedio, es preciso hacerse superiores á la desgracia. No os aflijais por mi destierro. Dios... ese Dios cuya justicia nos hace á veces derramar lágrimas de amargura, quiso premiar las virtudes de vuestra madre llevándosela al cielo, sin duda para librarla de los crueles sinsabores de que está sembrada nuestra miserable existencia. Mucho ha desgarrado mi corazón la idea de que ya no volveré á ver á mi Luisa, á la criatura angelical que con su amor y sus virtudes me hacia feliz. ¡Pobre Luisa mia!... creis- te que me habian asesinado mis verdugos, y no pudiste vivir separada de tu esposo... ¡Y yo que he sido causa de tu muerte... vivo aun!...

El honrado viejo ocultó el rostro entre sus palmas, y exhaló tan desgarradores lamentos, que nadie pudo dirigirle una sola palabra de consuelo, porque todos lloraban, todos se sentían oprimidos por el dolor hasta el extremo de no poder articular la mas ligera frase.

El fué el primero que habló.

Después de un solemne rato de silencio, interrumpido por los sollozos del padre y de las hijas, enjugóse por fin los ojos, y con heroica resignacion dijo:

—Basta, hijas mías, no lloreis mas..... Perdonad á un débil viejo esta expansion de su amargura. Enjugad esas lágrimas, y respetemos todos la voluntad del Ser Supremo. Mi Luisa está á su lado y sabrá interceder por nosotros.

—¡Oh! sí, mi querido padre—esclamó María esforzándose por dar ejemplo de resignacion—mi madre está en el cielo abogando por nosotros, y el corazón me dice que en pos de los acer-

bos infortunios que nos abrumán, no han de tardar en lucir dias de felicidad.

—En este mundo miserable — objetó don Antonio—las dichas y los sinsabores alternan constantemente como si se disputáran los dias de nuestra existencia. Partiendo de esta incuestionable verdad, debemos apelar á la reflexion en los momentos de prueba, y ella nos dará aliento para aguardar mas prósperas circunstancias.

—Dice muy bien don Antonio — añadió don Fermin — y mas que nadie tengo yo motivos para creer que no se desvanecerán mis esperanzas de hacerle volver en breve al seno de mi familia.

—¡Usted!... —dijo Godínez mirandó con alguna estrañeza al banquero.

—Este caballero, padre mio — alegó Rosa — es una persona recomendable, á cuya generosidad debemos inmensas atenciones.

—Es nuestro bienhechor — añadió Maria.

—¡Ah!... sí... sí... ya me acuerdo... Yo queria conocerle y no podia atinar donde le habia visto... El señor del Valle disimulará mi torpeza.

—Nada tiene de particular que no me conociera usted... Me vió usted de noche... metido en mi bata... y desgraciadamente estuvimos pocas horas juntos, merced á la intempestiva visita del célebre don Francisco. No pude salvar á usted entonces; pero salvé al marqués.

—¿Y qué sabes de Luis?—preguntó Godínez con ansiedad á Maria.

—Llegó á París felizmente, y ahora está en Lóndres.

—¿Pero está bueno?

—Físicamente sí señor; pero nuestras desgracias y particularmente el destierro de usted le tienen en la mayor angustia.

—¡Pobre Luis! ¿Y qué sabeis de Manuel?

—Nada, padre, absolutamente nada.

—¡Válgame Dios!

—Estuvo en casa pocos dias antes de la tentativa del 7 de mayo, y se despidió de nosotras muy animoso, jurando salvar á su padre ó perecer en la lucha.

—Es todo un valiente mi hijo Manuel — exclamó con orgullo el honrado Godinez — y sería lástima que tambien me le hubiesen asesinado.

—Eso no — repuso don Antonio. — Yo he visto los nombres de todos los muertos y heridos en ambas jornadas, y Manuel, á Dios gracias, no ha sido de ese número.

—Tal vez estará preso... ó deportado como yo...

—Lo mas natural — dijo don Fermin — es que habrá escapado. Los jóvenes son mas traviesos que nosotros, y es mas difícil echarles el guante.

—El caso es que Tomás iba con él — añadió María.

—¡Pobre negro! — repuso Godinez. — ¿Y tampoco has tenido noticias de Tomás?

—No señor.

—Pues no te quepa duda alguna de que estarán ocultos.

—Así lo creo — dijo María.

—Yo me figuro — añadió Rosa — que estarán los dos ocultos en la misma casa donde se refugiaron por los acontecimientos del 26 de marzo.

—¿Y qué casa es esa? — preguntó don Anselmo.

—Lo ignoramos — respondió la marquesa. — El 27 supimos que estaba en completa seguridad; pero como posteriormente han ocurrido los sucesos del 7 de mayo, en que se proponian tanto él

como Tomás hacer todo lo posible para salvar á usted, padre, Dios sabe lo que les habrá sucedido.

—Que viendo inútiles sus esfuerzos — objetó don Fermin — se habrán retirado otra vez á su madriguera. No hay que pasar cuidado por ellos, y al regresar á Madrid, he de valer poco ó he de averiguar su paradero. Tambien me prometo felices resultados en mis gestiones para el regreso del señor de Godinez.

—Mil gracias, amigo mio; pero me parece que nada conseguirá usted.

—Eso lo veremos.

—¿Y por qué no ha de conseguir nada? — exclamó Rosa.

—Porque estoy en un caso especial.

—¡En un caso especial! — dijo la marquesa.

—Ya se vé que sí, hija mia. Los demás deportados pueden obtener aun alguna gracia; pero á mí se me ha dispensado ya la de morir en el patíbulo.

—¿Y por qué el que ha logrado esa gracia — alegó don Antonio — no ha de alcanzar la completa libertad de usted?

—El actual gobierno no es amigo de hacer favores, y mucho menos á pares — contestó Godinez.

—Eso allá lo veremos — dijo don Fermin. — Lo cierto es que la esperanza no me abandona.

—Pero ¡cómo! — exclamó don Anselmo — ¿es tambien usted quien me salvó la vida?

—Sí, padre mio — dijo María — el señor hizo las mas activas diligencias, y cuando lo tuvo todo bien preparado, me acompañó á ver á S. M.

—Pero no á implorar el perdon — exclamó con orgullo Godinez.

—Yo solo fui á implorar que no matasen á mi padre — dijo María.

—De ese modo está bien — repuso Godinez. — Fuiste á evitar que cometieran un asesinato; pero de ningun modo á mendigar el perdón de un culpable. Si hubieras hecho esto último, preferiría haber espirado en el patíbulo.

—Repito á usted, — dijo María con dignidad — que solo pedí la vida de mi inocente padre.

—Bien, bien, hija mia... — dijo don Anselmo. — Y ahora, lo mismo á tí, que á este caballero, á quien tantos beneficios hemos merecido, suplico encarecidamente una cosa.

—Las súplicas de usted, son preceptos para mí — respondió don Fermin. — Hable usted con franqueza.

—Deseo pues, amigo mio, hija de mi alma, que por ningun concepto procuren ustedes mi libertad, si es preciso obtenerla por medios indecorosos. Y aun cuando haya que reducirse á meras súplicas, esas súplicas no han de hacerse á nombre mio. Prefiero pasar lo que me resta de vida en el destierro, á dirigir una sola súplica á mis opresores.

—Todos conocemos hasta dónde llega la pundonorosa delicadeza de usted, don Anselmo — dijo el comerciante — y nos abstenemos de dar un solo paso que pueda mancillar en lo mas mínimo su reputacion.

—Y aun lo mejor seria — añadió el virtuoso arquitecto — que no hicieran ustedes gestion alguna. Tengo bastante firmeza para sobrellevar mi suerte con resignacion, y además abrigo la esperanza de que no será larga mi ausencia.

—¿De veras, padre mio? — exclamó con alegría la marquesa.

—La tiranía está agonizando — añadió don Anselmo. — Todas

las injusticias y violencias que está cometiendo, son los síntomas de su muerte. — Y mirando con sonrisa á don Antonio de Aguilar, le preguntó: — ¿No digo bien, señor facultativo?

—Sin tomar el pulso á la situacion — respondió don Antonio — le doy muy pocos meses de vida.

Así prolongaban su conversacion los que ocupaban el coche de la marquesa de Bellafior, mientras entre los demás individuos de aquel forzado viaje pasaban otras escenas y diálogos que merecen ser referidos, así como el agradecimiento á que de parte de los presos se hizo acreedor el pundonoroso militar que tan benéfico tratamiento les otorgaba.